

EL LUGAR DEL HELECHO

Oyó un par de bocinazos que venían de la calle; ella, que ya estaba lista desde que llamara al auto de alquiler, lo aguardaba sentada en el apoyabrazos del sofá; recorrió mentalmente la casa para ver si se le olvidaba algo: si así fuera, ya no podría volver a buscarlo, lo habría perdido.

Cuando el chofer del taxi vio salir de la casa a la mujer con una valija y un bolso, se bajó a ayudarla; los llevó al baúl del viejo Peugeot 405, y en cuanto se enderezó vio a la mujer que volvía a salir, esta vez con una suerte de maletín de tela, una amplia cartera al hombro y en la otra mano un helecho inmenso, de mil ramas y un millón de hojitas.

-Lo llevo yo en el asiento –apuntó la mujer al ver la cara de desesperación del taxista-, y entró en vehículo metiendo todo en el asiento trasero.

El taxi arrancó y el chofer miró a la mujer a través del retrovisor, como inquiriéndole respecto del destino. Recién al llegar a la esquina, la mujer, una muchacha de treinta y dos años, con el cabello lacio dividido por una raya al medio, quizá algo sosa, le dio la dirección hacia donde se dirigía.

-Pensé que íbamos al aeropuerto –comentó el hombre, y ella sólo negó con la cabeza; probablemente estuviera siendo paranoica, pero no quería correr el más mínimo riesgo de que algún oído indiscreto oyese la dirección hacia donde iba. Era parte de su bisagra en la vida.

Pensó en Evaristo, en la cara que pondría cuando llegara al mediodía, preguntase con un grito cómo estaba su amor, se sorprendiera al no oír respuesta alguna, para advertir poco a poco que ella, su mujer, se había ido, que lo había dejado, que en el ropero no estaban sus ropas, que no estaba su PC y, sobre todo, que no estaba su helecho. Aunque lo del helecho Evaristo no lo notaría... ni siquiera en los meses subsiguientes.

Reaccionaría con furia, empezaría a patear cosas, a golpear puertas, a putear a la hija de puta de su mujer que seguro la engañaba con algún perejil, todo lo típico de él. Concluyó que ella conocía de esos violentos desmadres porque justamente siempre estaba presente cuando se producían, pero... ¿cómo sería Evaristo cuando no tuviera ese público de una única mujercita, que comenzara a temblar, a morder las muelas esperando algún golpe que la desencajase?, ¿cómo cuando tomase conciencia de que la partenaire de sus miserias ya no

estaba, ni para verlo ni para temerle? Tal vez se deshiciera en lágrimas, ojalá, tal vez montara una más una de sus clásicas rabietas que sólo pretendían justificar las agresiones contra ella.

Ya no habría lugar para los arrepentimientos, para los pedidos de perdón, no se reiterarían los juramentos de amor eterno, los pedidos de que lo entendiera, de que no sabía dirigirse de otro modo, ya no cabrían las promesas de que cambiaría, que, como ella le pedía, iría a ver a un loquero para ver qué era lo que no funcionaba en él, aunque la mujer sabía muy bien que su marido pensaba que quien no funcionaba era ella.

Las cosas sucedieron casi simultáneamente; como alguien alguna vez dijo: las cosas no ocurren por algo, sino para algo. A Silvia se le habían concatenado tres circunstancias. Primero, la pandemia: empezó lo de quédate en casa y el distanciamiento social y el no tener contacto con los demás, descubrió que su trabajo era manejable a través de Internet, al punto de que hoy continuaría trabajando a través de la red y seguiría percibiendo sus honorarios a través de transferencias bancarias.

El segundo hecho ocurrió haría unos dos meses. Ya antes Evaristo la había golpeado con dureza y le había roto el maxilar, que perdón, que no quise, que no lo haré más, que ella era su amor, que no podría vivir sin ella, que... Silvia dijo que había perdido pie y se había dado con la cara en un baúl del living, y eso que aquella enfermera gorda y de tez oscura le habló de uno y mil modos sobre lo importante que era denunciar la violencia doméstica y los abusos de toda índole, para ella y para todas las mujeres. Aquella golpiza había pasado ya hacía algún tiempo, pero hacía dos meses cuando, una vez más, estaban enzarzándose en una nueva discusión, por vaya a saber qué motivo banal, cuando él levantó el brazo como para castigarla, mordió los dientes esperando el golpe, pero éste no vino; sólo llegó una carcajada de él, riéndose de su miedo, menospreciándola por haber esperado una actitud violenta de él. Evaristo se apoltronó en el sofá y accionó el control del televisor.

-Vamos, tontita –le dijo-, andá a cambiarte la bombacha.

Recién ahí tomó conciencia de que se había orinado. Bajo sus pies, en el suelo, un charco de pis reflejaba su imagen. Sintió vergüenza como nunca, haberse meado, teniendo treinta y dos años. Esa noche se dijo que no podía seguir así, pero, como tantas veces, no hubo una concreta reacción.

La tercera circunstancia vino de la mano del helecho. A Silvia le encantan las plantas, pero, como Evaristo las desprecia (“Dejá de perder nuestro dinero y tu tiempo en esas boludeces”), en casa hay tres plantas. Había, se corrigió. Ahora esta plantita está conmigo.

El helecho que llevaba a su lado estaba en una maceta plástica, y antes colgaba de un gancho en la cochera: aunque tenía techo, el portón era de rejas y dejaba entrar aire y algo de luz, no mucha, alguien instaló una chapa metálica que escondía casi completamente la visión del interior. El helecho nunca anduvo muy bien; pequeñas hojitas secas, cada vez más, se le deslizaban al suelo y las que aún resistían se veían mustias, arrugadas, quebradizas. La base era una selva de palitos y palotes que parecían ahogar la vida.

Lo regó más, lo regó menos, nada parecía funcionar para revitalizar al helecho, La última recomendación que le dieron en un vivero cercano fue que intentara cambiándolo de lugar.

Así que lo sacó al patiecito, al aire libre, cuando se suponía que era una planta de interior. Pero el helecho comenzó a mejorar; era su rutina diaria, levantarse, ver al helecho, admirarlo y extasiarse viendo cómo se recuperaba. Y tan rozagante y verde terminó estando, que concluyó: la solución está en cambiar de lugar.

Entendió que la planta, la naturaleza, Dios, le estaba hablando: tienes que dar un giro a tu vida, cambiar de lugar. Tomó conciencia de que podía seguir trabajando, cobrando, y dejar atrás los golpes, las humillaciones, los abusos. Su hermano le prometió ayudarla al principio si tenía dificultades con el alquiler, así que se dijo que llegaría el día en que llamaría un taxi para que la llevara a su nueva vida. Ese día era hoy, concluyó, acariciando las ramitas del helecho.

* * *

CALVIN Y HOBBS